

Tercera parte





### VIII

Tres semanas pasaron. Juan al día siguiente debía marchar con su regimiento á las escuelas de tiro; iba á vivir de su existencia de soldado. Diez días de etapas consecutivas por la carretera á la ida y á la vuelta y otros diez días bajo la tienda de campaña, en el campo de Cercottes dentro de los bosques de Orleans. El regimiento volverá á Souvigny el 10 de Agosto.

Juan no está ya tranquilo; ya no es feliz. Ve venir el momento de su partida, con impacencia al mismo tiempo que con asombro; con impacencia porque sufre un verdadero martirio, y á toda prisa quiere escapar de aquí... y con asombro porque durante estos veinte días sin verla, sin hablarla, sin ella, en fin, qué va á ser de él? ¡ Ella es Bettina! ¡ La adora!

¿Desde cuándo? desde el primer día que la encontró en el mes de Mayo en el jardín del cural ¡Esta es la verdad! Pero Juan lucha y se defiende contra esta verdad. Cree que no ama á Bettina más que desde el día en que los dos hablaban alegre y cordialmente en la salita. Estaba sentada en el sofá azul, al lado de la ventana, y charlando se divertía en arreglar el vestido de la princesa japonesa, una muñeca que tenía Bella, que estaba tirada en un sillón, y que Bettina la había recogido maquinalmente.

¿Por qué vino á la imaginación de miss Percival la idea de hablarle de las niñas con quienes debía casarse? La cuestión, por otra parte no le había preocupado de ninguna manera. Respondió que no se había sentido hasta entonces con gusto para casarse, y que sus entrevistas con estas niñas no le habían causado ninguna emoción ni agitación. Sonreía cuando le hablaban de esto; pero un momento después ya no sonreía. Estas emociones y estas agitaciones, ibã aprendiendo á conocerlas. Juan no se hizo ilusiones; se daba perfecta cuenta de la profundidad de la herida que ella le había hecho en pleno corazón.

Juan, sin embargo, no se acobardó. En este día, al marcharse, se dijo: «Sí, es muy grave, muy grave, pero yo volveré aquí.» Buscó pretexto por su locura y lo encontró en los acontecimientos sucedidos por las circunstancias. ¡Esta deliciosa niña hacía diez días que no se había apartado de su lado, sola casi siempre con él! ¿Cómo

era posible resistir semejante tentación? Se embriagó con su encanto, con su gracia y con su hermosura. Pero al día siguiente, veinte personas irían al castillo y sería el fin de su peligrosa intimidad. Se prometía tener valor, apartarse y perderse entre la multitud, viendo á Bettina menos á menudo, y menos cerca... ¡Pero no verla más era una cosa que no podía ni un momento pensar en ella! Quería seguir siendo amigo de Bettina, porque no podía ser otra cosa más que su amigo. Porque si existía otro pensamiento, no entraba en la imaginación de Juan. Este pensamiento, no le parecía extravagante, le parecía monstruoso. No había en el mundo hombre más honrado que Juan y el dinero de Bettina le daba horror, positivamente horror.

La gente, en efecto, desde el día 25 de Junio había invadido á Longueval. Mad. Norton había llegado con su hijo Daniel y Mad. Turner con su hijo Felipe, los dos formaban parte de la famosa cofradía de los treinta y cuatro. Eran antiguos amigos; Bettina los había tratado como tales y les había declarado, con plena franqueza, que perdían por completo su tiempo; no perdían las esperanzas á pesar de esto y formaban el centro de una pequeña corte solícita y asidua alrededor de Bettina.

Pablo de Lavardens había hecho ya su entrada en la escena, y llegó á ser rápidamente el amigo de todo el mundo. Había recibido la educación brillante y complicada de un joven que se decide

á vivir del placer, y no se ocupaba de otra cosa que de divertirse; caballos, croquet, law-tennis, polo, charadas y comedias, á todo esto estaba siempre preparado y en todo esto sobresalía. Fué reconocida su superioridad, y se impuso. Pablo llegó á ser, con aprobación general, el director y organizador de las fiestas de Longueval.

Bettina no tuvo ni un momento de duda. Cuando Juan la presentó á Pablo de Lavardens, y apenas éste acababa de hacerla el cumplido de rigor, Bettina, inclinándose al oído de Suzie, le dijo:

—¡El trigésimoquinto!

Hizo, sin embargo, buena acogida á Pablo, y tan buena, que éste, durante algunos días, tuvo la debilidad de creer que podía aspirar á su corazón, y se equivocó. Creyó que sus gracias personales le habían valido esta amable y cordial recepción. Estaba en un grandísimo error. Había sido presentado por Juan, era su amigo, y á los ojos de Bettina no tenía más mérito que esto.

El castillo de Mad. Scott era plaza abierta: invitaban para una noche y quedaban convidados para todas, y Pablo con entusiasmo se decidió á venir todas las noches. Su sueño estaba realizado. Hallaba á París en Longueval.

Pablo ni era tonto ni fatuo. Sin duda ninguna era por parte de miss Percival objeto de atenciones y de favores muy especiales; ella se complacía en hablar largos ratos y mucho tiempo sola con él... pero el eterno, el inagotable asunto de sus

conversaciones ¿cuál era? Juan, hablar de Juan, y siempre de Juan!

Pablo era ligero, disipado, frívolo, pero se ponía serio cuando se trataba de Juan; sabía apreciar y sabía querer. Nada le era más agradable ni nada le era más fácil que contar de su amigo de la infancia todo lo bueno que él pensaba. Y como veía que Bettina tenía gran satisfacción en escucharle, Pablo daba libertad completa á su elocuencia.

Solamente que Pablo—y estaba en su derecho—quiso una noche tener el provecho de su conducta caballerosa. Acababa de hablar durante un cuarto de hora con Bettina. Terminada la conversación se fué á buscar á Juan al otro lado del salón y le dijo:

—Me has dejado el campo libre... y me he lanzado intrépidamente sobre miss Percival.

—Y bien, no estarás descontento del resultado de tu empresa. Os supongo ya los mejores amigos del mundo.

—Sí, ciertamente... así parece... así parece... y sin embargo yo no lo creo. Efectivamente que no hay persona más amable, ni más encantadora que miss Percival; pero es lo cierto que tengo un gran mérito en conocerlo, porque aquí, en reserva, entre nosotros, te diré que me hace representar un papel ingrato y ridículo, que no es propio de mi edad. Tengo hoy la edad de los que se enamoran; pero aún no tengo la de los confidentes.

—¿De los confidentes?

—Sí, querido, de los confidentes. Ese es mi cargo hoy en la casa. ¡Tú nos mirabas hace un momento!... Tengo buena vista, sí... Tú nos mirabas... Pues bien, ¿sabes de lo que hablábamos? De ti, querido, de ti, nada más que de ti. Y todas las noches la misma conversación. Preguntas siempre sin cesar: «Ustedes han sido educados juntos? ¿Ustedes dos han aprendido las primeras letras con el cura Constantino? ¿Será pronto capitán? ¿Y después?—Comandante.—¿Y luego?—Coronel... etc., etc.» ¡Ay! Juan, amigo mío, qué sueño tan hermoso podrías tú tener, si quisieras!

Juan se incomodó y se puso muy serio. Pablo se extrañó mucho de este acento de brusca irritación.

—¿Por qué te pones así? ¿Qué tienes? Creo que nada he dicho que te moleste...

—Perdóname. He hecho mal; pero ¿por qué razón te ha ocurrido una idea tan absurda?

—¿Absurda?... No me parece... puesto que yo he tenido por mi propia cuenta esta absurda idea.

—¡Ah! tú...

—¡Cómo! ¡yo!... Ya lo creo... y como yo la he tenido, tú la puedes tener... porque vales más que yo...

—Pablo, por Dios, déjame.

La angustia de Juan era evidente.

—No hablemos más... no hablemos más... Lo que quería decirte, en resumen, es que miss Per-

cival me encuentra elegante y buen muchacho, pero en cuanto á quererme de veras, jamás creo que lo conseguiría; volveré, pues, á machacar á Mad. Scott, sin gran esperanza... Mira, Juan, yo me divertiré en esta casa, pero yo no haré el gasto.

Pablo empezó á dirigirse á Mad. Scott, pero al día siguiente tuvo la sorpresa de tropezar con Juan; éste, en efecto, se puso á tomar sitio con mucha formalidad en el círculo particular de madama Scott, que lo mismo que Bettina, tenía su pequeña corte. Lo que allí venía á buscar Juan era una protección, un abrigo, un sitio de asilo.

El día de esta temible conversación sobre los casamientos sin amor, Bettina, por la primera vez, sintió repentinamente despertar en ella esa necesidad de amar que reposa no muy tranquila en el corazón de todas las muchachas. La sensación fué la misma y al mismo tiempo, tanto en el alma de Juan, como en la de Bettina. El, espantado, se había echado bruscamente hacia atrás. Ella, al contrario, se había dejado correr con toda la ingenuidad de su plena inocencia, por este impulso de emoción y de ternura.

Ella esperaba el amor... si esto era amor... El hombre que debía ser su único pensamiento, su vida, su alma, era él, era Juan! ¿Por qué no? Ella le conocía más íntimamente que á todo aquellos que hacía un año habían mariposeado alrededor de su fortuna, y en lo que ella sabía de su vida no había nada que pudiera desalentar la con-

fianza y el amor de una niña honrada. Muy lejos de eso.

Los dos, en resumen, hacían bien, colocándose dentro del deber y de la verdad; ella entregándose, él resistiendo, ella no pensando ni un momento en la oscura posición de Juan ni en su pobreza; él retirándose de esa montaña de millones como hubiera retrocedido delante de un crimen; ella pensando que no tenía derecho de oponerse al amor, y él reflexionando que no tenía derecho de discutir con el honor.

A medida que Bettina se ponía cada día más tierna y se abandonaba con más franqueza al primer grito de amor, Juan se ponía cada día más sombrío y más agitado. No sólo tenía miedo de amarla; tenía miedo de ser amado.

Debía haberse quedado en su casa y no venir. Quiso hacerlo y no pudo conseguirlo... La tentación era muy fuerte y le arrastraba. Llegaba... Ella le recibía en seguida con los brazos extendidos, la sonrisa en los labios y el corazón en los ojos. Todo en ella decía: «¡Intentaremos querernos, y si podemos nos amaremos!»

El miedo se apoderaba de él. Estas dos manos que se adelantaban á apretar las suyas, apenas si se atrevía á tocarlas; trataba de huir de esta mirada que, tierna y sonriente, inquieta y curiosa, buscaba sus ojos. Temblaba ante la necesidad de hablar á Bettina y de oírla. Entonces Juan se refugiaba al lado de Mad. Scott, y entonces ésta recogía sus palabras indecisas, emocionadas, tur-

badas, que no eran dirigidas á ella y que las tomaba como suyas.

Suzie no podía engañarse. Sentimientos aún vagos y confusos la agitaban y Bettina nada le había dicho todavía. Guardaba y acariciaba el recuerdo de su naciente amor como un avaro guarda y acaricia los primeros luises de su tesoro... El día en que ella viera claro en su corazón y estuviera segura de amar ¡ay! ¡de qué modo hablaría entonces, y qué dichosa sería pudiéndole decir todo á Suzie!

Mad. Scott había concluido por atribuirse el honor de esta melancolía de Juan, que iba tomando de día en día un carácter más marcado. Esto la lisonjeaba—porque nunca desagradaba á una mujer el creerse amada—pero al mismo tiempo la entristecía. Profesaba á Juan una grande estima, un gran afecto; y la afligía pensar que, si estaba triste y desgraciado, era por su causa.

Por otra parte, Suzie tenía el sentimiento natural de su inocencia. Con los demás era algunas veces coqueta, muy coqueta; atormentarlos un poco, ¿era un gran crimen? Ellos no tenían nada que hacer ni servían para nada, y esto les ocupaba divirtiéndolos; les hacía pasar el tiempo y á ella también... Pero Suzie no tenía que reprocharse de haber sido coqueta con Juan; se daba cuenta de su mérito y de su superioridad; valía más que los otros; era hombre capaz de sufrir con seriedad, y esto era lo que no quería madama Scott. De modo que ya dos ó tres veces había

estado á punto de hablarle callandito y con mucho afecto, pero reflexionó... Juan se iba á marchar por veinte días; cuando volviese, si fuese necesario, ella le haría un poco de moral y sabría colocarse de tal modo, que el amor no vendría á arrojarse tan tontamente entre su amistad.

Juan partía al día siguiente... Bettina insistió con todas sus fuerzas para que viniera á pasar este último día en Longueval, y que había de comer en el castillo. Juan se excusó alegando sus ocupaciones por ser la víspera de su marcha. Llegó por la noche hacia las diez y media; vino á pie, y muchas veces en el camino, había querido volver sus pasos atrás.

—Si yo tuviera valor, se decía él, no la volvería á ver más. Salgo mañana y no vuelvo más á Souvigny hasta que ella ya no esté... Mi resolución está tomada.

Pero continuó su camino; quería verla todavía... por la última vez.

Cuando él entró en el salón Bettina corrió, como siempre, á su encuentro:

—¡ Por fin, ha venido usted!

—¡ Qué tarde es!...

—He estado muy ocupado.

—¿ Y se marcha usted mañana?

—Sí, mañana.

—¿ Muy temprano?

—A las cinco de la mañana.

—¿ Usted irá por el camino que va al lado de la tapia del parque y atraviesa luego el pueblo?

—Sí, por ese camino hemos de pasar.

—¿ Por qué tan de madrugada? Yo hubiera ido á verle á usted pasar y decirle adiós desde la terraza.

Bettina tenía agarrada y guardaba la mano de Juan, que quemaba. Este la quitó con dolor haciendo un esfuerzo.

—Es preciso, dijo él, que yo vaya á saludar á su hermana.

—¡ Ahora!... Ella no le ha visto á usted... hay más de diez personas á su alrededor... Venga usted á sentarse un poco á mi lado.

Le obligó á sentarse á su lado.

—También nosotras debemos marcharnos.

—¿ Ustedes?

—Sí, hemos recibido hace una hora, un telegrama de mi cuñado, que nos ha dado un gran alegrón. No debía volver hasta dentro de un mes. Viene á los doce días. Se embarca pasado mañana en el *Labrador*... Iremos á esperarle al Havre... Saldremos pasado mañana. Llevaremos á los niños... Porque les hará mucho bien pasar una decena de días en el mar... ¡ Qué contento se pondrá mi cuñado cuando conozca á usted! ¡ Cuando le conozca!... Pero si ya le conoce ¡ Le hemos hablado tanto de usted en nuestras cartas! Estoy segura que se entenderá con él á las mil maravillas. ¡ Es excelente!... ¿ Se va usted á quedar allí mucho tiempo?

—Veinte días.

—Veinte días... ¿ en un campamento?

—Sí, señorita, en el campamento de Cercottes.

—En medio de los bosques de Orleans. Me explicó esta mañana su padrino lo que era. Soy feliz, seguramente, en ir á esperar á mi cuñado; pero, al mismo tiempo, me da un poco de tristeza pensar en marcharme: no siendo por esta causa, le haría todas las mañanas una visita á su padrino... y me daría noticias de usted. ¿Quiere usted, en estos diez días, escribir á mi hermana una esquelita de cuatro líneas—esto no le ha de privar á usted de mucho tiempo—para decirle cómo le va á usted, y saber nosotras también que usted no nos olvida?

—¡Oh! en cuanto á olvidarme de usted... en cuanto á perder el recuerdo de su amabilidad y de su bondad... eso, jamás, señorita, jamás!

Su voz temblaba. Tuvo una gran emoción. Se levantó.

—La aseguro á usted, señorita, que me es preciso saludar á su hermana... Me está mirando... y debe estar asombrada...

Atravesó el salón. Bettina le siguió con la vista. Mad. Norton acababa de sentarse al piano para hacer bailar un poco á los muchachos. Pablo de Lavardens se aproximó á miss Percival:

—¿Quiere usted hacerme el honor, señorita?

—Dios mío, respondió ella, creo que acabo de prometérselo á Juan.

—En fin, si no es para él será para mí.

—Queda entendido.

Bettina se fué hacia Juan, que acababa de sentarse al lado de Mad. Scott.

—He echado una mentira muy fea, dijo ella. Mr. de Lavardens me ha venido á invitar á bailar, y le he contestado que este wals se lo tenía prometido á usted ya... Sí, no es verdad, ¿qué quiere usted?

¡Tenerla en sus brazos, respirar el perfume de sus cabellos!... Juan sentía concluirse sus fuerzas... ¡No quiso aceptar!...

—Lo siento en el alma, señorita. No puedo... estoy indispuesto esta noche. He tenido que venir para no marcharme sin haberme despedido de usted; pero bailar no podría.

Mad. Norton acababa de empezar el preludeo de un wals.

—¡Pues bueno! dijo Pablo al llegar, muy contento, ¿es para él ó para mí?

—Es para usted dijo tristemente, sin quitar los ojos de Juan.

Estaba sumamente turbada y respondió sin saber lo que hacía. Sintió, en seguida, haber aceptado. Y se hubiera querido quedar allí, al lado de él... Era ya tarde, Pablo la cogió y la llevó.

Juan se había levantado, los miraba á los dos, á Bettina y á Pablo; una nube pasó por sus ojos: sufría muy cruelmente.

—No tengo ya más que una cosa que hacer, se dijo él, aprovechar ahora la ocasión y marcharme... Mañana por la mañana, escribiré una esquelita á Mad. Scott para excusarme.

Llegó á la puerta... No miró á Bettina... ¡si la hubiera mirado se hubiera quedado!

Pero Bettina le miró y de repente dijo á Pablo.

—Muchas gracias, caballero, estoy un poco cansada... Detengámonos, por Dios... ¿Usted me perdonará, no es verdad?

Pablo la ofreció su brazo.

—No, muchas gracias.

La puerta acababa de cerrarse. Juan ya no estaba allí. Bettina atravesó el salón corriendo. Pablo se quedó muy asustado sin comprender lo que pasaba.

Juan estaba ya en la gradería cuando oyó que le llamaban:

—¡Caballero Juan! ¡Caballero Juan!

Se detuvo, y se volvió.

Estaba allí, detrás de él.

—¿Se marcha usted... sin decirme siquiera, adiós?

—Pido á usted mil perdones, estoy muy cansado.

—Entonces no se vaya usted así á pie. El tiempo está amenazando.

Y extendió la mano afuera.

—¡Mire usted! ya llueve.

—¡Oh! muy poco.

—Venga usted á tomar una taza de te en el gabinete, sólo conmigo, y haré que le pongan el coche.

Y volviéndose al lacayo:

—Di que pongan, en seguida, una berlina.

—No, señorita, yo le ruego, el aire me reanimará... Tengo necesidad de andar... Déjeme usted salir.

—Bueno, márchese usted ¿pero va usted sin abrigo?... Yo le daré un chal mío, para abrigarse.

—No tengo frío... pero usted... con ese vestido descotado... Me marchó para obligarla á que se meta usted en su casa.

Y sin siquiera darla la mano, se marchó, bajando rápidamente los escalones de la gradería.

—Si llego á tocar su mano, se dijo él, estoy perdido, descubro mi secreto.

¡Su secreto! No sabía que Bettina leía ya en sus ojos, como en un libro abierto.

Cuando Juan llegó al último escalón de la gradería, tuvo un corto momento de indecisión. Le vino á sus labios esta frase:

—¡Amo á usted! ¡La adoro! ¡y por eso es por lo que no quiero verla más!

Pero, no la pronunció, se alejó, y se perdió, en seguida, en la oscuridad de la noche... Bettina se quedó allí, en el primer escalón de la gradería bajo el arco luminoso de la puerta.

Gruesas gotas de agua, arrojadas por el viento, vinieron á azotar los desnudos hombros de Bettina y la hicieron estremecerse; nada le importó; oía distintamente los latidos de su corazón.

—Ya sabía yo que él me quería, se dijo; pero ahora ya no me queda la menor duda de que yo también... ¡oh! sí... yo también...

De repente, en uno de los grandes espejos de

la puerta, vió reflejar los perfiles de dos lacayos que estaban de pie, inmóviles, cerca de la mesa de roble del vestíbulo. Bettina da algunos pasos en dirección del salón... y oye las carcajadas de risa y el wals que continúa. Se detiene. Quiere estar sola, completamente sola, y dirigiéndose á uno de los criados:

—Ve á decir á la señora que estoy cansada y que he subido á mi cuarto.

Annie, la doncella, dormía en un sillón. La mandó que se retirara, porque se desnudaría sola. Se dejó caer en un sofá, y experimentó un abatimiento delicioso.

La puerta de la habitación se abrió. Era madama Scott.

—¿Estás mala, Bettina?

—¡Ay! Suzie, ¡eres tú, Suzie! ¡Que bien has hecho en venir!... Siéntate á mi lado... bien á mi lado.

Se acurrucó como un niño en los brazos de su hermana, acariciando su ardiente cabeza en los frescos hombros de Suzie, y después, de repente, rompe en sollozos, en grandes sollozos que la ahogan y la sofocan.

—Bettina mía, querida, ¿qué es lo que tienes?

—Nada, nada... son los nervios... es la alegría.

—¿La alegría?

—Sí... sí... espera... pero déjame llorar un poco... ¡Esto me hace tanto bien!... No tengas miedo, sobre todo ...no tengas miedo.

Con los besos de su hermana, Bettina se calma, se apacigua:

—Se ha concluido, se ha concluido, y te voy á decir... Tengo que hablarte de Juan.

—¡Juan! ¿Le llamas Juan?

—Sí, le llamo Juan... ¿No habías notado, desde hace algún tiempo, que estaba tan triste y que tenía cara de desgraciado?

—Sí, efectivamente.

—En cuanto llegaba, iba en seguida á colocarse á tu lado, y permanecía allí absorto, silencioso, hasta tal punto que, durante muchos días me preguntaba—perdóname de hablarte con tanta franqueza, es mi costumbre, ya lo sabes—me preguntaba si no era á ti á quien amaba, Suzie. ¡Eres tan encantadora, y hubiera sido tan natural! Pero no, no era á ti, era á mí.

—¿A ti?

—Sí, á mí... Escúchame bien... Apenas si se atrevía á mirarme. Me evitaba y me huía... Tenía miedo de mí, evidentemente... Pues bien, dime, en justicia, ¿puedo dar yo miedo? No, ¿no es verdad?

—Seguramente que no.

—¡Ah! es que no era por mí el miedo, era por mi dinero, por mi espantoso dinero. Este dinero que atrae á todo el mundo y á los otros los tienta tan fuertemente, este dinero le da miedo á él y le desespera... porque no es como los otros, porque...

—Querida mía, ten cuidado, te equivocas quizás...

—¡ Oh! no, no, yo no me equivoco. Ahora en la gradería, al marcharse, me ha dicho algunas palabras. Estas palabras no eran nada... pero si hubieras visto su turbación, á pesar de todos los esfuerzos para contenerse. Suzie, Suzie mía, por la ternura que te tengo ¡ y Dios sabe cuál es mi cariño! esta es mi convicción, mi absoluta convicción. Si en lugar de ser miss Percival hubiera yo sido una pobre niña sin dinero, ahora mismo Juan me hubiera tomado la mano y me hubiera dicho que me amaba; y si me hubiera hablado así, ¿sabes lo qué le hubiera respondido?

—Que también le querías.

—Sí, y mira por qué soy tan feliz. Es una idea fija en mí adorar al hombre que sea mi marido... Pues bien; no digo que adore á Juan, no, todavía no... pero en fin, esto principia, Suzie... ¡ y esto principia tan dulcemente!

—Bettina, estoy inquieta de verte en tal estado de exaltación. Ojalá que Mr. Réynaud tenga por ti la afección...

—¡ Oh! mucho más, mucho más...

—Mucho amor si quieres. Sí, tienes razón. Tú lo has conocido bien... sí, te ama... ¿y no eres tú digna, querida mía, de todo el amor que pueden tener por ti? En cuanto á Juan—va ganando decididamente para mí, porque yo también le llamo Juan—pues bien, ya sabes lo que pienso de él. ¡ Cuántas veces nosotras dos, desde hace un

mes, hemos tenido ocasión de decirlo!... Tengo de él una opinión muy alta, muy alta... Pero en fin, á pesar de todo, ¿este es verdaderamente el marido que te conviene?

—Sí, porque yo le amo.

—Procuro hablarte en razón, y tú me hablas siempre... Yo tengo Bettina, una experiencia que tú no puedes tener. Quiero que me comprendas bien. Desde nuestra llegada á París fuimos lanzadas en una sociedad muy animada, muy brillante, muy aristocrática... Tú podrías ser ya, si lo hubieras querido, marquesa ó princesa...

—Sí, pero no he querido.

—¿A ti te será indiferente llamarte madama Reynaud?

—Absolutamente, si yo le quiero...

—¡ Ah! y siempre vuelves á lo mismo...

—Es que es la verdadera cuestión. Y como no hay otra... quiero ser razonable á mi vez. Esta cuestión, yo te concedo que no está completamente resuelta, y que puedo haberme calentado la cabeza un poco de más. Ya ves que soy razonable. Juan se marcha mañana. No lo veré en veinte días. Voy durante estos veinte días, á tomar todo el tiempo necesario para preguntarme y consultarme, para saber bien, en fin, lo que pasa por mí. A pesar de mis aires evaporados, son seria y reflexiva... ¿no es verdad que lo reconoces?...

—Lo reconozco.

—Pues bien: te dirijo esta súplica como á nuestra madre si estuviera aquí. Si en estos veinte